

### EL PUENTE DEL DIABLO.

Al dejar á las señoras por la noche habia obtenido el permiso de ellas para visitarlas al dia siguiente. Me presenté, pues, en su habitacion tan pronto como supe que estaban visibles. Estaban ya enteramente repuestas de su trabajoso camino y de su mala comida; solo Mr. Kœfford, que habia velado toda la noche en medio de sus mapas é itinerarios, parecia mucho mas cansado que la vispera.

Era un hombre original nuestro gentil-hombre: puntual como la etiqueta, montado como un reloj y arreglado como una balanza. Antes de salir de Copenhague, habia compulsado todos los viajeros que han escrito sobre la Suiza, consultado todos los mapas de los veinte y dos cantones y habia concluido por trazarse dia por dia, en el seno de la república helvética, un itinerario del que no se habia apartado todavía ni en un cuarto de hora ni en un sendero.

Sobre este itinerario estaba escrito, 28 de setiembre, debia bajar al Oberland, atravesando el

Grimsel. Verdad es que allí no se trataba de la tempestad que habia impedido este proyecto, por otra parte muy sencillo de ejecutarse, como lo habia esperado Mr. Kœfford.

Nos hallábamos á 29 de setiembre en vez de estar á 28, nos encontrábamos en el Vallés en lugar de estar en el Oberland, y los guias declaraban que despues de la tempestad de la vispera, el único paso practicable era el del puente Gemmi, y que era necesario renunciar al del Grimsel. La cosa era igual para Mr. Brunton y su esposa, pero trastornaba toda la existencia de M. Kœfford.

Hice todo lo que pude para animarle, le dije que el paso del Gemmi era mucho mas curioso que el del Grimsel, y que á todo evento el retraso era únicamente de un dia.

— ¡Y creéis, me dijo con aire de desesperado, que no es nada el retraso de un dia? ¡estar obligado á hacer el lunes lo que se creia hacer el domingo! ¡señalar una hora y dar otra como un reloj descompuesto!

Mad. Brunton, su marido y yo hicimos lo que pudimos para consolar al pobre gentil-hombre, pero se hallaba como Raquel llorando por sus hijos. En cuanto á su mujer, que conocia su carácter, no se atrevia á aventurar una palabra.

Sin embargo, como no habia que tomar otro partido, Mr. Kœfford se decidió á sufrir un retraso de veinte y cuatro horas y á pasar por el Gemmi. Dejéle, pues, casi tranquilo, si no enteramente resignado.

Despues de mi vuelta á París, he sabido por una carta del desgraciado amigo á Mr. Brunton, que no habia llegado á Copenhague sino el 4º de enero

por la noche en lugar del 30 de diciembre. Había fallado á hacer su visita de entrada de año al rey de Dinamarca y había estado á pique de perder su llave de gentil-hombre.

En cuanto á mí, que felizmente no tenia que hacer visita á ningun rey, besé las manos de las señoras y me puse en camino con Francesco.

Era un buen muchacho y excelente compañero, jovial y de buen humor, siempre contento, mas fuerte que los jóvenes de nuestras ciudades con cinco años mas, vivo como una lagartija y listo como un gamo.

Anduvimos dos horas casi siguiendo siempre las escarpadas orillas del Ródano, que de rio se había convertido en torrente, y de torrente se convirtió á poco despues en arroyuelo caprichoso y fantástico, anunciando desde su origen todos los espacios de su curso, como los caprichos de un niño anuncian en la aurora de la vida las pasiones del hombre.

Al fin al doblar un sendero descubrimos delante de nosotros llevando todo el espacio comprendido entre el Grimsel y la Furca, el magnifico gigante de hielo, con la cabeza reclinada sobre la montaña, los piés coigando en el valle, y dejando escapar como el sudor de sus costados tres arroyos que reuniéndose á cierta distancia, toman en su union el nombre de Ródano, que no pierde jamás el rio hasta que vomita sus aguas en el mar por cuatro desembocaduras, de las que la mas pequeña tiene cerca de una legua de ancho.

Salté por cima de los tres arroyos, de los que el mayor no tiene doce piés de una á otra orilla; terminada esta hazaña comenzamos á subir la Furca.

Es una de las montañas mas desnudas y tristes de

toda la Suiza. Los habitantes atribuyen su aridez á que el Judío errante escoge casi siempre este paso para ir desde Francia á Italia. Ya he dicho que cuenta una tradicion que la primera vez que el réprobo atravesó esta montaña la encontró cubierta de mieses, la segunda llena de pinos, y la tercera de nieve.

En este último estado la encontramos tambien nosotros. Llegados á su cima, observé que la nieve estaba salpicada de trecho en trecho, como una inmensa alfombra aligrada de manchas encarnadas; y vi al aproximarme, que eran producidas esas manchas por manantiales que brotaban en la superficie de la tierra: juzgué que debian de ser ferruginosos y las probé. No me había equivocado: era el orin el que daba á la nieve aquella tinta rojiza que al pronto me había asombrado.

Mientras examinaba este fenómeno y trataba de dar con la causa, se acercó á mí Francesco, y con cierto embarazo me pidió mi calabaza, que se había encargado de hacer llenar por la mañana en Obergeslen, y en la cual había echado vino en vez de kirchenwaser. Noté en el camino únicamente esta equivocacion; no había podido adivinar por qué motivo Francesco había fallado de aquel modo á las instrucciones que yo le había dado; pero como el licor sustituido al que yo bebía habitualmente era un excelente vino tinto de Italia, no había considerado aquella infraccion de mis órdenes como una gran desgracia.

Al pedirme Francesco mi calabaza me hizo recordar otra vez aquel pequeño incidente que ya había olvidado. Creí que una medida de higiene personal le hacia preferir el vino de Italia al agua

de cerezas de los Alpes, y que iba á darme una prueba de esta preferencia, llevando á su boca mi calabaza : seguí de reojo sus movimientos, aparentando no mirarle, pero sin perder de vista ni una sola de sus acciones.

Nada de lo que yo habia sospechado sucedió : Francesco fué á colocarse sobre la cresta mas elevada de la montaña, y á caballo, por decirle así sobre dos vertientes, hizo dos veces la señal de la cruz, una vez vuelto hácia el Occidente, y la otra vez hácia el Oriente; despues, vertiendo vino en el hueco de la mano, arrojó al aire el líquido, que volvió á caer en derredor de él cual una lluvia, de la que cada gota hacia sobre la nieve una manchita encarnada bastante igual en el color á las manchas grandes cuya causa acababa de descubrir. Al fin, terminada aquella especie de exorcismo, me devolvió Francesco la calabaza sin haber pensado siquiera arrimársela á los labios.

— ¿Qué ceremonia infernal acabas de hacer? le dije volviéndome á colocar la calabaza en mi costado.

— ¡Ah! me respondió, es una precaucion para que no nos suceda ningun accidente.

— ¿Cómo es eso?

— Sí : estamos en el camino de Italia, ¿no es esto? por aquí pasan los vinos que bajan de San Gortardo y que envían á Suiza, Francia ó Alemania; estos vinos están encerrados en barricas y conducidos por muleteros italianos que casi todos son borrachos. Como la Furca es la montaña mas fatigosa que tienen que subir en todo el camino, de ahí es que durante la subida les tienta el demonio de la borrachera, y logra ordinariamente su objeto, ha-

ciéndoles agujerear los toneles, que de este modo raras veces llegan llenos á su destino. Concebireis que semejantes hombres, depositarios infieles durante su vida, no pueden entrar en la morada de las gentes honradas despues de su muerte. Sus almas en pena vuelven, pues, á vagar por la noche en el mismo punto donde los ha vencido la tentacion; ellas son las que empapadas aun en el vino robado, hacen al pasar sobre la nieve esas manchas encarnadas esparcidas por todos lados; ellas son las que para distraerse persiguen al viajero con la tempestad, las que hacen resbalar su pié al borde del precipicio, y le extravían de noche con resplandores engañosos. ¡Pues bien! no hay mas que un medio de tener propicias á estas almas, y es el echarles, haciendo la señal de la cruz, algunas gotas de ese vino que tanto han querido durante su vida, y que ha sido para ellas causa de condenacion eterna despues de su muerte. Ved porqué he hecho poner en la calabaza vino en lugar de kirchenwaser.

Me pareció tan satisfactoria esta explicacion que no hallé otra respuesta que renovar por mi cuenta la operacion que Francesco acababa de hacer por la suya, y no dudo que á esta precaucion diabólica debiésemos el llegar sin accidente alguno á Realp, pequeña aldea situada en la base de la terrible montaña.

No hicimos alto en Realp mas que una hora, y continuamos nuestro camino hasta Andermatt. Chateaubriand y Mr. de Fitz-James habian pasado por allí unos dias antes, y el posadero me enseñó con orgullo los nombres de los dos ilustres viajeros inscritos en su registro.

A la mañana siguiente me ajusté con un calesero

que iba de retorno á Altorf. Toda nuestra discusion versó sobre el derecho que me reservaba de ir á pié cuando me diese la gana, el bueno del hombre no podía comprender que alquilase un carruaje con la condicion de no estar dentro de él. Por fin le hice comprender, gracias á mi intérprete Francesco, que deseando ver en detalle ciertos parajes del camino, una carrera demasiado rápida no me permitiría entregarme á esta investigacion. Convenidos en esto nos pusimos en marcha tomando el camino nuevo de San Gotardo á Altorf.

Este camino, ventajoso sobre todo para el canton de Uri, fué construido por él con el auxilio de sus mas ricos hermanos; Berna, Zurich, Lucerna y Basilea le abrieron generosamente su bolsa á su primera invitacion y le prestaron entre ellos y sin interés ocho millones, que paga religiosamente entregando una suma anual de quinientos mil francos.

Apenas anduve un cuarto de legua desde Andermatt, usé del privilegio de andar á pié, pues habíamos llegado á uno de los parajes mas curiosos del camino, es un desfiladero formado por el Gallenstok y el Crispalt, lleno enteramente por las aguas del Reuss, que yo habia visto nacer la víspera en la cima de la Furca, y que cinco leguas mas lejos merece ya por el incremento que ha tomado el nombre de gigante que le han dado.

Al llegar á este sitio el camino tropieza contra la base granítica del Crispalt, y ha sido preciso horadar la roca para que pudiera pasar de un valle al otro. Esta galería subterránea de ciento ochenta piés de longitud, é iluminada por aberturas que dan sobre el Reuss, es llamada vulgarmente agujero de Uri.

Después de haber dado algunos pasos del otro lado de la galería, me encontré en frente del puente del Diablo, debiera decir de los puentes del Diablo, porque efectivamente hay dos, verdad es que uno solo está practicable, habiendo el nuevo hecho que abandonen el antiguo.

Dejé que mi carruaje tomara el puente nuevo, y me impuse el deber de llegar, valiéndome de piés y manos, al verdadero puente del Diablo, al cual el nuevo favorito ha venido á robar no solamente los pasajeros, sino tambien su nombre.

Los dos puentes están echados atrevidamente de una á otra orilla del Reuss, que salvan de un solo salto, y que corre hajo un solo arco; el del puente moderno tiene sesenta piés de alto y veinte y cinco de ancho; el del viejo no tiene mas que cuarenta y cinco sobre veinte y dos. No es el menos horroroso de pasar en atencion á que no tiene pretilos.

La tradición á que debe su nombre es tal vez una de las mas curiosas de toda la Suiza: héla aquí en toda su pureza.

El Reuss, que corre en un cauce abierto á sesenta piés de profundidad entre rocas cortadas á pico, interceptaba toda comunicacion entre los habitantes del valle de Cornera y los del valle de Goschenen, es decir, entre los Grisones y las gentes de Uri. Esta solucion de continuidad causaba tal perjuicio á los dos cantones limitrofes, que reunieron á sus mas hábiles arquitectos, y partiendo gastos construyeron muchos puentes de una orilla á otra, pero nunca tan sólidos que pudiesen resistir mas de un año á las tempestades, á la crecida de las aguas ó á la caída de los aludes. Se habia hecho una última tentativa de este género al fin del siglo XIV, y terminado casi

el invierno daba esperanzas esta tentativa de que aquella vez el puente resistiría á todos aquellos ataques, cuando una mañana vinieron á decir al bailío de Goschenen que la comunicacion se hallaba interceptada de nuevo.

— ¡Solo el diablo podría hacernos un puente! exclamó el bailío.

No había acabado apenas estas palabras cuando un criado anunció al señor Satanás.

— Hacedle entrar, dijo el bailío.

El criado se retiró, y dió paso á un hombre de unos treinta y cinco á treinta y seis años, vestido á la manera alemana, llevando un pantalon ajustado encarnado, un justillo negro acuchillado en las articulaciones de los brazos cuyas aberturas dejaban ver un forro de color de fuego. Tenía en la cabeza una toca negra, á la que una gran pluma encarnada con sus ondulaciones daba una gracia muy particular.

En cuanto á sus zapatos, adelantándose á la moda eran redondos de punta, como lo fueron cien años mas tarde, hácia la mitad del reinado de Luis XII, y un gran espolon semejante al del gallo, pegado visiblemente á su pierna, parecia destinado á servirle de espuela cuando le diese la gana de viajar á caballo.

Después de los cumplimientos de costumbre, sentóse el bailío en un sillón, y el diablo en otro. El bailío puso sus piés sobre los morillos de la chimenea, y el diablo colocó muy formalmente los suyos sobre las brasas.

— ¡Y bien! buen amigo, dijo Satanás, ¿con que necesitais de mí?

— Confieso, monseñor, respondió el bailío, que no nos sería inútil vuestra ayuda.

— Para ese maldito puente, ¿no es eso?

— ¡Y bien?

— ¡Os es, pues, necesario?

— No podemos pasarnos sin él.

— ¡Ah! ¡ah! dijo Satanás.

— Vamos, sed buen diablo, replicó el bailío después de un momento de silencio, hacednos uno.

— Yo venia á proponéroslo.

— ¡Pues bien! no se trata, pues, mas que de entendernos... sobre...

El bailío vaciló.

— Sobre el precio, continuó Satanás mirando á su interlocutor con una singular expresion de malicia.

— Sí, respondió el bailío, conociendo que esto era lo que iba á embrollar el negocio.

— ¡Oh! desde luego, continuó Satanás balanceándose sobre su silla y afilando sus garras con el cortaplumas del bailío, nos arreglaremos sobre el puente. \*

— Eso me tranquiliza, respondió el bailío, el último ha costado sesenta marcos de oro y doblaremos esta suma para el nuevo; esto es todo lo que podemos hacer.

— ¿Qué necesidad tengo yo de vuestro oro, replicó Satanás, si lo hago cuando me da la gana? Mirad.

Cogió un carbon encendido del fuego, como quien coge una almendra de una caja de dulces.

— Alargad la mano, le dijo al bailío.

Vacilaba el bailío.

— No tengais miedo, continuó Satanás, y le puso

entre los dedos una barra de oro del mas fino, y tan frio cual si hubiera salido de la mina.

El bailío le dió varias vueltas : despues quiso devolvérselo.

— No, no, guardadlo, replicó Satanás, poniendo con aire de suficiencia una pierna sobre otra, es un regalo que os hago.

— Comprendo, dijo el bailío metiéndose la barra en su escarcela, que no costándoos trabajo alguno el hacer oro, querreis que os paguen en otra moneda, y como no sé cuál os pueda agradar os rogaria que vos mismo pongais las condiciones.

Satanás reflexionó un instante.

— Deseo que me pertenezca el alma del primer individuo que pase por el puente, respondió

— Sea, dijo el bailío.

— Redactemos el acta, continuó Satanás.

— Dictad vos mismo.

El bailío tomó una pluma y un papel y se preparó á escribir.

Cinco minutos despues fué firmada por Satanás en nombre propio, y por el bailío en nombre y como apoderado de sus parroquianos, una escritura hecha conforme *por duplicado* y de buena fe. El diablo se comprometió formalmente por aquella acta á construir en la noche un puente bastante sólido para durar *quinientos años*, y el magistrado por su parte concedia en pago de aquel puente el alma del primer individuo que la casualidad ó la necesidad obligase á pasar el Reuss por el paso diabólico que Satanás debía improvisar.

Al dia siguiente al amanecer ya estaba construido el puente.

Muy pronto el bailío apareció en el camino de

Goschenen : iba á comprobar si el diablo habia cumplido su promesa. Vió el puente, que encontró muy bueno, y en el extremo opuesto divisó á Satanás sentado en un guarda-canton esperando el precio de su trabajo nocturno.

— Ya veis que soy hombre de palabra, dijo Satanás.

— Y yo tambien, respondió el bailío.

— ¡Cómo, mi querido Curtio! repuso el diablo asombrado, os sacrificariais por la salvacion de vuestros administrados!

— Precisamente no, continuó el bailío depositando á la entrada del puente un saco que habia traído sobre sus espaldas, y cuyos cordones inmediatamente se puso á desatar.

— ¿Qué es eso? aijo Satanás tratando de adivinar lo que iba á pasar.

— Prrrrroooooou, dijo el bailío.

Y salió espantado del saco un perro con una sarten atada al rabo, y atravesando el puente, fué á pasar ladrando á los piés de Satanás.

— ¡ Eh! gritó el bailío, corred, corred, ved que se os escapa esa alma, que ya es vuestra.

Satanás estaba furioso : habia contado con el alma de un hombre, y se veia obligado á contentarse con la de un perro. Motivo habia para condenarse á no haberlo estado ya. Sin embargo, como era de buen trato, tomó el aire de hallar el caso muy chistoso, é hizo como que se reia, mientras el bailío estuvo allí; pero apenas el magistrado hubo vuelto la espalda, comenzó á dar porrazos con piés y manos para demoler el puente que habia construido, pero habia hecho la obra con tal conciencia que se volvió con las uñas rotas y se melló los

dientes antes de haber podido arrancar el mas pequeño pedernal.

— ¡ Gran tonto he sido ! dijo Satanás. Despues de hecha esta reflexion se metió las manos en los bolsillos y bajó por las orillas del Reuss, mirando á derecha é izquierda cual hubiera podido hacerlo un aficionado á la hermosa naturaleza. Sin embargo, aun no habia renunciado á su proyecto de venganza. Lo que buscaba con los ojos era un peñasco de una forma y peso conveniente para trasportarle sobre la montaña que domina el valle, y dejarle caer desde quinientos piés de altura, sobre el puente que le habia escamotado el bailío de Goschenen.

No habia andado aun tres leguas, cuando habia encontrado su negocio.

Era un soberbio peñasco tan grande como una de las torres de la catedral de París que arrancó de la tierra con tanta facilidad como un niño hubiera arrancado un rábano, se lo cargó al hombro, y tomando el sendero que conducia á lo alto de la montaña, se puso en marcha, sacando la lengua en señal de alegría y gozándose anticipadamente de la desolacion del bailío cuando al dia siguiente encontrase derribado su puente.

Cuando habria andado una legua, creyó Satanás distinguir una gran concurrencia del pueblo sobre el puente, dejó el peñasco en tierra, trepó sobre él, y colocado en su cumbre divisó distintamente al clero de Goschenen, con la cruz y estandarte y pendones á su cabeza á destruir la obra satánica y á consagrar á Dios el Puente del Diablo.

Vió bien Satanás que ya no podia hacer nada, bajó tristemente, y encontrando una pobre vaca,

ya que no podia mas, la tiró del rabo y la hizo caer en un precipicio.

En cuanto al bailío de Goschenen, nunca mas volvió á oír hablar del arquitecto infernal; únicamente la primera vez que metió la mano en su escarcela se quemó los dedos con la barra de oro, que se habia convertido en ascua otra vez.

El puente subsistió quinientos años como habia prometido el diablo.

Si se quiere buscar la verdad oculta tras los misteriosos pero trasparentes velos de la tradicion, será, sobre todo cuando se trate de esos grandes trabajos atribuidos al linaje humano, fácil el descubrirla. Así en Suiza casi por todas partes hay calzadas del diablo, puentes del diablo, castillos del diablo, que despues de una investigacion un poco mas seria se reconocerán por obras de Romanos. Contra el ejemplo de los Griegos, que en sus invasiones destruian y robaban, los Romanos en sus conquistas edificaban y enriquecian. Así, tan pronto como fué sometida por César la Helvecia, se elevó una torre en Nyon (Novidunum), un templo en Moudon (Mus. Donium), y una via militar, allanando la cumbre del San Bernardo, que cruzó la Helvecia en su mayor anchura y fué á desembocar al Rhin, cerca de Maguncia. En el imperio de Augusto, las casas mas nobles y mas ricas de Roma adquirieron posesiones de la nueva conquista, y vinieron á establecerse en Vindich (Vindonisa), en Avenches (Aventicum), en Arbon (Arbor-felix), y en Coire (Curia). Entonces, para hacer mas fáciles las comunicaciones entre aquellos ricos extranjeros, los arquitectos romanos, si no los primeros, al menos los mas atrevidos del mundo, echaron de una

montaña á otra y sobre espantosos precipicios esos puentes aéreos, tan sólidos, que casi en todas partes se les encuentra en pié.

La dominacion romana en Helvecia duró, se sabe, cuatrocientos cincuenta años; despues, un día aparecieron sobre las montañas nuevos pueblos, venidos no se sabe de dónde, conquistadores nómadas, buscando una patria, se establecieron segun su capricho con sus mujeres é hijos, donde creian estar bien, ahuyentando delante de sí con el hierro de su espada á los vencedores del mundo, cual los pastores ahuyentaban los ganados con el palo de su cayado, y haciendo esclavas las poblaciones que Roma habia adoptado por sus hijas. Los que el soplo de Dios impelió hácia la Helvecia eran los burgundos y los allemanni; se establecieron desde Ginebra hasta Constancia y desde Basilea hasta el San Gotardo. Aquellos hombres incultos y salvajes como los bosques de donde salian, se quedaron sobrecogidos de espanto ante los monumentos que habia dejado la civilizacion romana. Incapaces de producir semejantes cosas, su orgullo se sublevó á la idea de que fueran el producto propio de los hombres, y toda obra que les pareció superior á sus fuerzas, fué atribuida por ellos á la complaciente cooperacion del enemigo de los hombres, que aquellos necesariamente habian debido pagar á costa de sus cuerpos ó de sus almas. De ahí todas las maravillosas leyendas que heredó la edad media y que ha legado á sus hijos.

Una legua despues del Puente del Diablo, y bajando siempre el Reuss, se encuentra un segundo puente echado sobre este rio, con cuyo auxilio se pasa de una orilla á otra en el sitio llamado el

*Salto del Fraile.* Tiene este nombre de que un fraile que habia robado á una doncella y la llevaba en sus brazos, perseguido por sus dos hermanos, cuyos caballos le ganaban en ligereza, se lanzó sin soltar su carga de una orilla á la otra, á riesgo de estrellarse con ella en el precipicio. Los hermanos de la jóven no se atrevieron á seguirle, y el fraile se quedó dueño de la que amaba. El salto dado por este otro Claudio Frollo era de veinte y dos piés de ancho, y el abismo que salvaba de ciento veinte de profundidad.

Un cuarto de hora antes de llegar á Altorf, divisamos al otro lado del rio la aldea de Attenghausen, y á espaldas del campanario de aquella aldea, las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Acabábamos de abandonar el terreno de la fábula por el de la historia. En lo sucesivo ya no mas leyendas diabólicas ni tradiciones monacales, sino toda una epopeya entera, grande, bella y maravillosa, ejecutada por una nacion, sin otro socorro que el de sus hijos, y de la que leeremos bien pronto la primera página en Bürglen, sobre el altar de la capilla levantada en el punto mismo donde nació Guillermo Tell.

WERNER STAUFFACHER.

Un año ha pasado desde que nos despedimos de nuestros lectores á las orillas del Reuss, despues de haberles hecho atravesar con nosotros el *Puente del Diablo*, y el *Salto del Fraile*. Si no nos es infiel la memoria, nos quedamos cerca de la villa de Allenghausen, á espaldas de cuya torre divisábamos las ruinas de la casa de Walter Furst, uno de los tres libertadores de la Suiza. Desde entonces hemos hecho una larga y lejana excursion en otros pueblos y en el interior de otras comarcas, hemos traído nuevas impresiones y curiosos recuerdos, que tambien verán un día la luz pública, aunque por deferencia fraternal deban ceder la preferencia á los anteriores. Tornemos, pues, no á nuestra Suiza de los montes y neveras, sino á la Suiza de las praderas y los lagos; no al suelo de la fábula, sino al terreno de la historia. No tenemos mas que subir á lo alto de esta montañita que está enfrente de nosotros, y atravesando por ese cementerio lleno de rosales, y á la izquierda de la iglesia nos ha-

llaremos á la puerta de una capillita edificada sobre el área que ocupaba la casa misma en que nació Guillermo Tell, y de que el sacristan ha ido á buscarnos la llave.

Por sabida que sea la historia del héroe popular cuyo nombre acabamos de pronunciar, y por mucho que estemos familiarizados con esta historia, al hallarnos en el lugar en que estamos, no podemos dispensarnos de visitar los sitios que se desplegan á nuestra vista, y de entrar en algunos detalles sobre la revolucion helvética, y seguir en su desarrollo la asociacion que dió nacimiento á la mas estable república, no solamente de la era moderna, sino tambien de los antiguos tiempos. Además, no escribimos solamente para el lector comedor y sedentario que nos lee junto á la chimenea, apoyados los piés á los morillos y arropado en su bata, sino tambien para el osado viajero que como nosotros, con el sombrero de paja en la cabeza, el morral á la espalda y el palo con punta de hierro en la mano, haya en lo sucesivo de seguir el camino que hemos andado y que le trazamos. Cualquiera que este sea, y á quien desde ahora damos nuestro fraternal saludo, se tendrá por dichoso en poderse sentar en lo alto de esta colina de rosas cerca de aquella iglesia y en frente de la casa en donde estamos, y de hallar en nosotros un resúmen histórico, corto, pero sin embargo exacto, de los sucesos que pasaron hace seis siglos, y de que puede abarcarlos casi todos en conjunto sobre este inmenso panorama que se extiende á nuestros piés cual un inmenso mapa.

Alberto de Austria, perteneciente á la casa de Habsburgo, subió al trono imperial en 1298. A la

época de su advenimiento al trono en la Helvecia (1), no existían aun ni asociaciones, ni cantones, ni dietas. El emperador únicamente poseía en medio de estas comarcas á título de jefe de los condes de Habsburgo, un considerable número de pueblos, fortalezas y tierras que hoy hacen parte de los cantones de Zurich, Lucerna, Yug, Argovia, etc. Los otros condes á quienes pertenecía lo restante del país eran los de Saboya y de Neufchatel y de Rapperschwoydl.

Difícil sería escribir la historia individual de aquella nobleza rica, disoluta y revoltosa, siempre en guerra ó en placeres, agotando la sangre y el oro de sus vasallos, y cubriendo todas las cimas de las montañas de torres y fortalezas, desde donde, cual las águilas desde su nido, se dejaban caer en la llanura para arrebatarse el objeto de sus depredaciones y ponerlo en seguridad tras los muros de sus castillos. Y no se crea que los que esto hacían eran únicamente los seglares, pues del mismo modo vivían los poderosos obispos de Basilea, de Constanza, de Coira y de Lausana; y los ricos abades de Saint-Galles y de Ensielden seguían el ejemplo de sus mitrados jefes como la pequeña nobleza de los grandes barones.

En medio de aquella tierra cubierta de esclavos y de opresores, tres distritos habían quedado libres. Eran los de Uri, de Schwitz y de Unterwald, que previendo los desgraciados días y peligrosas circunstancias que estaban ocultas en el porvenir, se habían reunido desde 1291, y comprometidos á

(4) La Helvecia no tomó el nombre de Suiza hasta después de la Confederación.

defender á todo trance, mutuamente contra todos, familias y bienes, y ayudarse, si llegaba el caso, con las armas ó los consejos. De esta alianza tomaron el nombre de Eidsgenossen (1), que se les dió, que quiere decir *aliados con juramento*. Alarmado ya Alberto con esta primera demostración hostil, quiso forzarlos á renunciar á la protección del emperador, su único soberano, y sujetarlos á la mas inmediata y mas directa de los condes de Habsburgo, á fin de que si alguno de sus hijos no era elegido para el trono imperial, conservase á lo menos la soberanía de estos países, que sin esto salían de la noble dinastía de los duques de Austria.

Mas Uri, Schwitz y Unterwald habían visto demasiado las depredaciones infames que se cometían en derredor de ellas, para dejarse engañar. Rechazaron abiertamente las indicaciones que se les hicieron en 1303 por los diputados de Alberto, y suplicaron que no se les privase de la protección del emperador reinante, esto es, que no se les separase del imperio.

Alberto les hizo responder que su deseo era el adoptarles como hijos de su real familia; ofreció feudos á los ciudadanos principales y habló de una creación de diez caballeros en cada distrito. Aquellos viejos montañeses contestaron que no pedían nuevos favores, sino conservar sus primitivos fueros. Viendo entonces Alberto que no podía alcanzar nada por la corrupción de aquellos hombres, quiso ver lo que podría hacer por la tiranía, y en consecuencia les envió dos bailios austriacos cuyo carácter despótico y arrebatado tenía bien conocido.

(1) Etimología del nombre de *Huguenot*.

El uno era Herman Guessler de Brounig, y el otro el caballero Beringuer de Landenberg. Establecieron estos nuevos bailíos en el mismo país de los confederados, lo que nunca se habían permitido hacer sus antecesores. Landenberg tomó posesión del castillo real de Sarnen en el alto Unterwalden, y Guessler, no hallando morada digna de él en el país que le había tocado en suerte, mandó construir una fortaleza á que dió el nombre de *Urijoch* ó *Joug de Uri*. Desde entonces se empezó á poner en ejecución el plan de Alberto que de este modo pensaba determinar á los confederados á separarse ellos mismos del imperio y ponerse bajo la protección de la casa de Austria. Aumentáronse, pues, los portazgos, castigáronse con crecidas multas las mas leves faltas, y los ciudadanos se vieron tratados con altivez y desprecio.

Un día que Herman Guessler recorría el cantón de Schwitz, paróse delante de una casa que acababa de construir Werner Stauffacher. — ¿No es una vergüenza, dijo encarándose con el escudero que le acompañaba, no es una vergüenza que esos siervos miserables edifiquen para sí tan hermosas viviendas, cuando serian demasiado buenas para ellos unas chozas?

— Dejádla acabar del todo, monseñor, contestó el escudero, y entonces mandad esculpir sobre la puerta las armas de la casa de Habsburgo, veremos si su dueño se atreve á reclamarla.

— Tienes razón, dijo Guessler, y metiendo espuela al caballo, prosiguió su camino. La mujer de Werner que estaba en el umbral de la puerta, oyó la conversacion, y mandó á los trabajadores que parasen la obra y se fuesen á sus casas. Obedecieron.

Cuando Werner llegó, miró con extrañeza aquella casa solitaria, y preguntó á su mujer porqué se habían ido los albañiles y quién lo había mandado.

— Yo, respondió ella.

— ¿Y porqué, mujer?

— Porque los vasallos y siervos no necesitan mas que una choza.

Werner lanzó un suspiro, y entró en la casa. Tenia hambre y sed, aguardaba tener preparada la comida, sentóse á la mesa. Su mujer le sirvió pan y agua, y se sentó á su lado.

— ¿Qué es esto, mujer? qué, ¿ya no hay caza en la montaña, pesca en el lago, ni vino en la despensa?

— Cada cual debe vivir segun su condicion, los vasallos y siervos no deben alimentarse mas que de pan y agua.

Werner arqueó las cejas, comió el pan y bebió el agua.

Acostáronse ambos esposos, y antes de dormirse Werner, cogió en sus brazos á su mujer y quiso abrazarla; pero esta rechazó sus caricias.

— ¿Porqué me rechazas, mujer? preguntó el marido.

— Porque los vasallos y los siervos no deben engendrar hijos para que sean siervos y vasallos cual sus padres.

Werner saltó de la cama, volvióse á vestir en silencio, descolgó de la pared una larga espada, que estaba allí colgada, se la echó al hombro, y salióse sin pronunciar una palabra. Marchó sombrío y meditando hasta Brünen. Llegado allí se ajustó con unos pescadores, pasó el lago, y dos horas antes de amanecer estaba en Attenghausen y llamaba á la

puerta de la casa de su suegro Walter Furst. Bajó á abrirle aquel anciano, y aunque le asombró ver llegar su yerno á aquella hora de la noche, no le preguntó el motivo y mandó á un criado que pusiese en la mesa un cuarto de gamo y una botella de vino.

— Gracias, padre, dijo Werner, he hecho un voto.

— ¿Y cuál?

— De no comer mas que pan y no beber mas que agua hasta un momento tal vez muy lejano todavía.

— ¿Y cuál?

— El en que seamos libres.

Walter Furst se sentó en frente de Werner.

— Buenas palabras son las que acabas de decir, ¿pero tendrás valor para repelirlas ante otros mas que el anciano á quien apellidas tu padre?

— Las repetiré en presencia de Dios que está en el cielo, y delante del emperador que es su representante en la tierra.

— ¡Bien dicho, hijo mio! Mucho tiempo hace que aguardaba de tí esta visita y semejante respuesta; empezaba ya á creer que no llegaría ni una ni otra.

Llamaron de nuevo; Walter Furst fué á abrir. Hallábase de pié á la puerta un jóven armado de un palo que parecia una maza: un rayo de luna iluminó en aquel momento sus facciones pálidas y descajadas.

— ¡Mechtal! exclamaron á la vez Walter Furst y Stauffacher.

— ¿Qué pretendes? ¿qué vienes á pedir? preguntó Walter Furst, asustado de su palidez.

— ¡Asilo y venganza! respondió Mechtal con voz sombría.

— Tendrás lo que pides, respondió Walter Furst, si la venganza depende de mí como el asilo.

— ¿Qué te ha sucedido, pues, Mechtal?

— Trabajaba yo en mi campo y tenia uncidos en mi arado los dos mejores bueyes de mi rebaño, cuando llegó á pasar un lacayo de Landenberg, que parándose despues un instante se acercó y dijo:

— Esos bueyes son demasiado buenos para un vasallo, y es preciso que cambien de dueño.

— Estos bueyes son míos, contesté, y como los necesito, no quiero venderlos.

— ¿Y quién te habla de comprarlos, villano?

Al decir estas palabras, sacó un cuchillo de monte y cortó el tiro.

— Si me tomáis esta yunta, ¿cómo me compondré para labrar mis tierras?

— Los villanos como tú ya pueden arrastrar por sí mismos el arado si quieren comer pan de que no son dignos.

— Vamos, le dije, aun es tiempo, seguid vuestro camino y os perdono.

— ¿Y en dónde tienes tu arco ó ballesta para hablar de ese modo?

Junto á mí habia un arbolillo y lo rompí.

— No tengo necesidad ni de arco ni de ballesta, dije, ya veis que estoy armado.

— Si das un paso mas te echo fuera las tripas como á un gamo, me respondió.

De un solo brinco me planté junto á él con el palo levantado diciéndole:

— Yo, si poneis la mano sobre mi yunta, os aplasto como á una res de un golpe.

Alargó el brazo y tocó el yugo, creo que con la punta de los dedos; dejó caer el palo y con él cayó el criado de Landenberg. Le había roto el brazo cual si fuese un mimbre.

— Y habeis hecho muy bien: era justicia, exclamaron los dos hombres.

— Lo sé y no me arrepiento, continuó Mechtal; pero tambien he debido fugarme. Abandoné mis bueyes y me oculté todo el dia en el bosque del Rœstock, y despues, al llegar la noche pensé en vos, Walter, que sois bueno y hospitalario. Tomé el paso de Surchen, y aqui estoy.

— Bien venido seas, Mechtal, dijo Walter Furst alargándole la mano.

— Pero no es esto todo, continuó el jóven, necesitaríamos enviar un hombre inteligente á Sarnen, para que se informase de lo que ha pasado desde ayer, y qué medidas de venganza ha tomado Landenberg contra mí.

En aquel momento oyéronse pasos, pesados por el cansancio; un instante despues llamó un hombre otra vez á la puerta diciendo: «Abrid, que soy Ruder.»

Mechtall abrió la puerta para arrojarle en los brazos del criado de su padre; pero le encontró tan pálido y tan abatido, que retrocedió espantado.

— ¿Qué hay, Ruder? preguntó Mechtal con trémula voz.

— ¡Desgraciado de vos, mi querido amo! ¡Desgraciado el que veo tranquilo con semejantes crímenes! ¡Desgraciado de mí que os traigo tan malas nuevas!

— ¿No le ha sucedido nada á mi padre? dijo

Mechtall? ¿Han respetado su edad y sus canas? ¡La vejez es sagrada!...

— ¡Respetar ellos alguna cosa! ¿Hay algo de santo para ellos?

— ¡Ruder!.... exclamó Mechtal juntando las manos.

— Le han cogido y han querido hacerle decir dónde estábais, y como no lo sabia.... ¡pobre viejo! ¡le han sacado los ojos!

Mechtall lanzó un terrible grito, y Werner y Walter se miraron mutuamente con los cabellos erizados y cubiertas de sudor sus frentes.

— Mientes, exclamó Mechtal, cogiendo á Ruder por el cuello, ¡mientes! es imposible que hombres cometan semejantes crímenes. ¡Oh! ¡mientes, dime que mientes!

— ¡Ah! respondió Ruder.

— ¿Dices que le han sacado los ojos? ¡Y esto porque yo habia huido como un cobarde! ¡Han sacado los ojos al padre porque no queria entregarles al hijo, han metido una punta de hierro en los ojos de un anciano.... y esto en medio del dia, á la luz del sol y delante de Dios! ¡y nuestras montañas no se han desplomado sobre sus cabezas! ¡y nuestros lagos no han salido de madre para sumergirlos! ¡y no ha habido un rayo que los exterminase!..... ¡Ya no les bastan nuestras lágrimas, y nos hacen horar sangre!.... ¡Oh Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened misericordia de nosotros!

Mechtall cayó como un árbol arrancado de cuajo, y se revolcó por el suelo y mordió la tierra.

Werner se acercó á Mechtall.

— No llores como un niño, no te arrastres como

una fiera : levántate como hombre, nosotros vengaremos á tu padre, Mechtal.

El jóven se encontró de pié de repente cual si un resorte le hubiese hecho ponerse derecho.

— Werner, habeis dicho que le vengaremos.

— ¡Le vengaremos! respondió Walter.

— ¡Oh! dijo Mechtal, arrojando un grito que se parecia á la risa de un loco.

En aquel momento se dejó oír á cierta distancia el estribillo de una alegre cancion y los primeros rayos del dia dejaron ver á un nuevo personaje que se presentó en una revuelta del camino.

— Entraos, dijo Ruder dirigiéndose á Mechtal.

— Quédate, dijo Walter, es un amigo.

— Que pudiera sernos útil, añadió Werner.

Mechtall dejóse caer agobiado en un banco.

Entretanto se iba aproximando mas el forastero, que era un hombre de unos cuarenta años casi, vestido con una especie de gaban pardo que no le pasaba de las rodillas, traje entre seglar y monástico; sin embargo, sus cabellos largos, barba y bigotes cortados como los de los hombres libres, indicaban que si pertenecía al claustro era muy accidentalmente. Su andar era mas bien el de un soldado que el de un monje, y se le hubiera podido tomar por un soldado, si en vez de espada no hubiese llevado colgado del cinto un tintero, pluma y pergaminos en una especie de aljaba desprovista de flechas. Completo estaba su vestido por un pantalon azul muy ajustado y unos borceguies atacados por delante, y tambien por el largo palo con punta de hierro, sin el que rara vez viajan los montañeses.

Desde que habia divisado el grupo que se formó

delante de la puerta, habia dejado de cantar, y se aproximaba con aquella franqueza que da la certidumbre de hallar personas conocidas. En efecto, á algunos pasos de distancia ya le dirigió la palabra Walter Furst.

— Bien venido seais, Guillermo, le dijo. ¿A dónde vas tan de mañana?

— ¡Dios os guarde, Walter! Voy á cobrar unos réditos del *Fraumunster* (1) de Zurich, del cual soy cobrador, como sabeis.

— ¿Puedes detenerte un cuarto de hora con nosotros?

— ¿Para qué?

— Para escuchar lo que va á decirte ese jóven.....

Guillermo volvió hácia Mechtal, y viéndole llorar se aproximó entonces á él y le alargó la mano.

— Dios enjague vnestras lágrimas, hermano, le dijo.

— ¡Dios vengue la sangre! contestó Mechtal... y le contó todo lo que acababa de suceder.

Guillermo escuchó aquella relacion con una gran compasion y una profunda tristeza.

— ¿Y qué habeis resuelto? preguntó Guillermo cuando aquel hubo acabado.

— Vengarnos y libertar nuestro país, respondieron los tres.

— Dios se ha reservado la venganza de los crímenes y la libertad de los pueblos, dijo Guillermo.

— ¿Y qué nos ha dejado á los hombres entonces?

— Las oraciones y la resignacion que las aceleran.

— Guillermo, no vales la pena de ser tan valiente

(1) Convento de mujeres.

arquero, si respondes como un monje cuando te se habla como á un ciudadano.

— Dios ha hecho los montes para los corzos y los gamos, y los corzos y los gamos para el hombre: por eso da ligereza á la caza y destreza al cazador. Walter, os habeis engañado llamándome un valiente arquero, yo no soy mas que un pobre cazador.

— ¡Adios, Guillermo, véte en paz!

— ¡Dios sea con vosotros, hermanos!

Guillermo se alejó. Los tres le siguieron en silencio con la vista, hasta que hubo desaparecido en el primer recodo del camino.

— No hay que contar con él, dijo Werner Stauffacher, y es lástima, porque hubiera sido un poderoso aliado.

— Dios nos reserva á nosotros solos la libertad de nuestro país. ¡Alabado sea Dios!

— ¡Y cuándo ponemos manos á la obra? dijo Mechtal. Tengo prisa, mis ojos derraman lágrimas... y sangre los de mi padre.

Cada uno de los tres somos de un diferente distrito: tú, Werner, de Schwitz; tú, Mechtal, de Unterwalden; y yo de Uri. Elijamos cada uno de entre nuestros amigos diez hombres con quienes podamos contar: juntémonos con ellos en el Grütli... Dios puede lo que quiere, y los que marchan por su camino, treinta hombres valen por un ejército....

— ¡Y cuándo nos reuniremos? preguntó Mechtal.

— En la noche del domingo al lunes, respondió Walter Furst.

— ¡Allí estaremos! respondieron Werner y Mechtal, y se separaron los tres amigos.

### CONRADO DE BAUMGARTEN.

Entre los diez hombres del canton de Unterwalden que debian acompañar á Mechtal en la noche del 17 de noviembre habia un jóven de Wolfranchiess, llamado Conrado de Baumgarten; acababa de casarse por amor con la mas hermosa doncella de Abrellen, y solo le habia hecho entrar en la conjuración el deseo de libertar su patria; porque era dichoso.

Así es que no quiso decir á su jóven esposa el motivo que de ella le alejaba, fingiendo que tenia un negocio en la aldea de Brünnen, y díjola el 16 por la noche que dejaba la casa hasta el día siguiente. Palideció la jóven al oírle.

— ¿Qué tienes, Rosita? preguntóla Conrado. Es imposible que una cosa tan sencilla te cause ta impresion.

— Conrado, respondió la jóven, ¿no podrias diltar este viaje?

— Imposible.

— ¿No puedes llevarme contigo?